

La estructura electiva del *tú*¹ Moisés, María, Schreber

*The elective structure of you
Moses, Mary, Schreber*

Por Martín Alomo y Vanina Muraro

RESUMEN

Jacques Lacan, en sus elaboraciones sobre la clínica de las psicosis, se apoya fuertemente en el artículo freudiano “La negación” de donde extrae el término *Verwerfung*, que luego traducirá como *forclusión*. En medio de ese recorrido, en las últimas clases del seminario sobre las psicosis, Lacan se detiene en el análisis minucioso de la estructura del *tú* en relación a las diferentes interpretaciones subtendidas por los equívocos homofónicos facilitados por la lengua francesa. En este trabajo, consignamos un resumen de nuestras investigaciones sobre lo electivo en relación a las psicosis, particularmente en lo que atañe a la estructura del *tú*. En nuestro desarrollo, detectamos los siguientes puntos, sobre los que nos empleamos: a) el análisis del *tú*, tal como lo plantea Lacan, está comprendido en el marco conceptual más amplio de la voz media; b) sin una elucidación minuciosa y detallada del problema del *tú*, no es posible seguir en todas sus variaciones la argumentación lacaniana que lo lleva a postular, en la última clase del seminario sobre las psicosis, a la forclu-

SUMMARY

In his elaborations on the clinic of the psychoses, Jacques Lacan based strongly on the Freudian article “Negation” wherefrom he extracts the term *Verwerfung*, which then he will translate as *forclusion*. In the middle of this development, in the last classes of the seminar on the psychoses, Lacan detains in the meticulous analysis of the structure of *you* in relation to the different interpretations substretched by the homophonic puns suggested by the french language. In this work, we record a summary of our investigations on the election in relation to the psychoses, particularly in what concerns the structure of *you*. In our development we detect the following points on which we spread: a) the analysis of *you* as Lacan raises it, is understood in the most wide conceptual frame of the middle voice; b) without a meticulous and detailed elucidation of the problem of *you*, it is not possible to follow in all its variations the lacanian argumentation that leads it to postulating, in the last class of the seminar on the psychoses, the forclusion of the Name of the Father as etiological mechanism; c)

sión del Nombre del Padre como mecanismo etiológico; c) es posible detectar tres tipos electivos en relación a la estructura del *tú*.

Palabras clave: Lacan - Psicosis - Lingüística - Forclusión - Elección

it is possible to detect three elective types on the structure of *you*.

Key words: Lacan - Psychoses - Linguistics - *Forclusion* - Choice

INTRODUCCIÓN

“Te dije un día, ante tu llamado: ¡Heme aquí Señor! Envíame a mí, yo iré Señor.”
(*Isaías*, 6: 8)

Jorge Luis Borges, en su “Arte de injuriar”² comenta que cualquier término, incluso una no-palabra, algo perteneciente aun al lenguaje corporal puede corresponder a la categoría del insulto. Un gesto con la mano, o sacar la lengua pueden ser suficientemente descalificatorios. Sin embargo, para que el insulto complete el circuito hostil y culmine así con el hecho de que alguien se considere ofendido, es necesario apelar a la idea de convención, de creencia compartida. ¿Qué puede hacer que si alguien da a ver un gesto grosero sea otro quien se ofenda, y no el mismo que lo articula? Ninguna otra cosa que una creencia, una convención social³.

Lacan le dedica las últimas sesiones del seminario sobre las psicosis⁴ al problema del *tú* tal como se estructura en la lengua -lo hace en francés, por cierto, lo cual nos obligará a precisar diferencias y similitudes con nuestro idioma-. Allí, nos encontramos también con el problema señalado a propósito de la asunción del insulto. ¿Qué puede hacer que alguien se ofenda en el fenómeno del insulto?, se pregunta Borges, y en ese lugar apela a la creencia compartida, a la convención social. En el caso de la interpretación del *tú*, en relación al problema de la asunción por parte del sujeto de una significación que dicha estructura porta, opera allí también una convención social o una creencia compartida -rápidamente distinguiremos este punto

en los términos en que lo hace Lacan- a condición de situar estos rasgos “comunitarios” en el uso de la lengua y en ningún otro lugar, que es, en definitiva, la institución que nos atraviesa en tanto hablantes, y en ese sentido nos mancomuna⁵. Aunque este punto relativo a la comunidad de los hablantes portada en la significación misma que se articula a los significantes, es sólo uno de los dos aspectos señalados por Lacan en relación a la estructura del *tú*. El otro, menos socializante, evoca más bien la dialéctica hegeliana de la lucha a muerte por puro prestigio entre el amo y el esclavo. En este sentido, podríamos decir que esta última vertiente, el *tú* en tanto mortal, en tanto *il te tue*, te mata, recoge en lo simbólico de la lengua lo que la dialéctica de la tensión agresiva narcisística expresa en lo imaginario. De paso, sirva este detalle como ejemplo de cómo se articulan los registros: ninguno de ellos se define *per se* aislado de los otros, y así como sus elementos componentes pueden variar, también pueden ser tomados en la lógica de cada uno de los registros. ¿Acaso creíamos que la lucha a muerte entre amo y esclavo pertenecía al registro de lo imaginario? Sí, realmente es así, siempre y cuando se trate de la argumentación de ese registro para el fragmento de la teoría o el caso clínico de que se trate; ello no excluye que el mismo tipo de elementos pueda ser a la vez considerado en la lógica de otro registro, como vemos en este caso.

Tú eres el que me seguirá(s)

“María respondió al ángel: ‘¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?’. El ángel le respondió: ‘El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios...’. Dijo María: ‘He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra’. Y el ángel dejándola se fue.” (Lucas, 1: 26-38).

Antes de seguir, plantearemos el problema con los ejemplos propuestos por Lacan. Él establece la diferencia que hemos esbozado con las siguientes oraciones: *tú eres el que me seguirás* y *tú eres el que me seguirá*, respectivamente en relación al modo en que los hemos comentado en el párrafo anterior. Para comprender la diferencia, además de la obvia que se observa en la relativa, ya sea en tercera (“seguirá”) o en segunda persona (“seguirás”), es necesario tener en cuenta que *seguirá* y *seguirás*, en francés son términos homofónicos (*suivra* y *suivras*, con la “s” final silenciada para el segundo caso). Pero además, para tener una idea del carácter mortal que reviste el alcance del *tú*, debemos recordar que *tu* y *tué* (tú y muerto) también suenan igual en la lengua francesa; del mismo modo que *tu es* y *tuer* (es decir, tú eres y matar). De aquí se sigue que el *tú* siempre te mata, en el sentido de que siempre te “túa”, es decir te tutea, te trata de tú, pero a la vez te mata. ¿Y a cuál “te” nos referimos aquí? A ningún otro que el yo: el tú, al tutearlo, lo asesina. Este rasgo tiene sus variantes: el tú, como evoca-

ción siempre presente en el enunciado cuando alguien dice “yo”, y más aún, aunque no diga “yo”, el sujeto que devenga “yo” de un enunciado determinado aunque no esté nombrado explícitamente como tal, siempre evocará -aun sin querer hacerlo- un doble complementario de su posición, en el sentido de que no se dice yo sin evocar al tú y viceversa.

Este último comentario probablemente no se entienda del todo si no tenemos en cuenta la concepción del Otro como un lugar en el que se constituye el hablante. Lacan es claro al respecto: el Otro no es un ser, no es un interlocutor, es un lugar. Y ese lugar, habitado por la estructura de la lengua, habla, aun cuando no podamos reconocernos como habiendo puesto en uso el sistema de la lengua en ese hablar. Un ejemplo: “Lo que uno puede hacer antes de viajar es comprar un mapa”, podría ser una reflexión o un consejo, que también podríamos decirnos, para enseñarnos a ser precavidos, del siguiente modo: “Lo que tú puedes hacer antes de viajar es comprar un mapa”. En cualquiera de los dos casos, tanto en el del “uno” impersonal (*On*, en francés), como en el del *tú*, al que le estamos dando el mensaje es al yo que enuncia. “La segunda persona no es ningún otro...”, comenta Lacan, y agrega: “la segunda persona apunta a lo que despersonaliza”⁶(Lacan, 1956, p. 393).

Antes de proseguir, veamos por qué realizábamos el comentario de los rasgos más o menos socializantes para cada uno de los ejemplos mencionados. En el caso de *tú eres el que me seguirá*, en el que la principal se encuentra en

segunda persona y la relativa en tercera, es posible ubicar una pluralidad de otros, una “asamblea” de otros posibles, comenta Lacan⁷. Allí habitan los seres que la significación articulada a la lengua anima, hace existir. Esta “asamblea” es introducida por la cópula, por el verbo ser, que añade al *tú* todas las modalidades posibles: *tú eres... ¿cómo eres?, ¿quién eres?, ¿qué eres?* En este sentido, entre el *tú* muerto, *tué*, que se limita a desalojar al yo del espacio “propio” que más bien ahora se revela como ajeno, y el *tú* articulado y redefinido por la significación que se le añade, hay una distancia. *Tú eres el que me seguirá* modaliza el *tú*: no es cualquiera, es “el que me seguirá”; y a la vez, no le permite atravesar la pantalla del “que”, como señala Lacan, ya que la relativa vira a la tercera persona; en este caso, entre principal y relativa hay algo que no pasa: el *tú*.

Podemos decir que esta interpretación despersonalizante del enunciado modaliza el *tú*, lo contextúa en el plano de las significaciones, y en este sentido es más socializante que el *tú* aislado, solo, absoluto, como mero punto que empuja al desalojo del yo. Sin embargo se trata de una interpretación mucho menos socializante -en el sentido del lazo discursivo- que el otro ejemplo citado por Lacan. En el caso de *tú eres el que me seguirás*, en el que la relativa está en segunda persona también, la inclusión del sujeto está contemplada. En este caso, comenta Lacan, media al menos una elección:

Tú eres el que me seguirás por doquier, es por lo menos una elección,

quizás única, un mandato, una devolución, una delegación, una inversión. *Tú eres el que me seguirá por doquier* es una constatación, que más bien nos inclinamos a considerar como una constatación penosa. Del *tú* ese que *me seguirá por doquier*, si la cosa tiene carácter verdaderamente determinativo, pronto estaremos hasta la coronilla. Si bien tiene un aspecto que linda con el sacramento, tiene otro que pronto lindaría con la persecución, implícito en el término mismo *seguir*⁸. (Lacan, 1956, pp. 398-399).

En el “seguirá” Lacan sitúa la constatación de algo, una interpretación constativa: eso es *así*, ese soy yo. Por este motivo es que puede poner en relación este tipo de interpretación con el sacramento o con la persecución, el yo allí no tiene escapatoria: es el que es. Como María, quien en respuesta al arcángel, con su entrega anula todo tipo de alternativa: “Soy tu esclava, Señor”. Caracterizar de constativa a este tipo de interpretación, que concibe el *suivra(s)* como escrito sin “s” final, es lo mismo que decir que el acto decisorio ya lo consumó el Otro; o lo que es lo mismo, se le ha concedido al Otro la iniciativa, que ya la ha tomado y ahora viene por mi alma, es decir por mi cuerpo.

A modo de excursus, simplemente recordemos las conceptualizaciones de John Austin a propósito de los enunciados constativos y realizativos (o performativos)⁹. Si en esta interpretación, la que escucha *tú eres el que me seguirá*, el sujeto lo que hace es constatar un estado de cosas -un estado ya consumado, pasado, dice Lacan- eso significa que el

asunto “se cocinó” en otro lado y por otro agente distinto del sujeto, un agente Otro. Un modo distinto de decir que el Otro ha tomado la iniciativa, en este caso, sería decir que el Otro realizó el enunciado performativo que el sujeto, luego, se limita a constatar como una realidad dada.

En cambio, el otro ejemplo, *tú eres el que me seguirás*, deja un margen de elección al sujeto. Lacan se refiere no sólo a la relativa en segunda persona, sino al tono general que presenta en francés *tu es celui qui me suivras*; este enunciado deja oír las resonancias de alguien capaz de seguir por voluntad propia, incluso por deseo, asumiendo el riesgo y la decisión. A propósito, copiamos otro ejemplo aclaratorio que da en el seminario:

La presencia del *tú* en el *seguirás* interesa la personalización del sujeto a quien uno se dirige. Cuando digo, ejemplo sensible, *tú eres la mujer que no me abandonará*, manifiesto una certeza mucho mayor en lo tocante al comportamiento de mi pareja que cuando digo *tú eres la mujer que no me abandonarás*¹⁰. (Lacan, 1956, p. 399).

Por este motivo es que decíamos que la interpretación que escucha el *suivra* con “s” final se refiere a una interpretación más “socializante”, es decir que se trata de una asunción capaz de vincular a los seres que anima la lengua de acuerdo a las dinámicas discursivas, en las que puede haber un mayor margen de maniobra pero, sobre todo, la disponibilidad de un elemento significativo

con su respectivo lugar para el sujeto, cuya presencia no es fácil de comprobar en la otra interpretación más restrictiva, la del *suivra*, ya que en ella lo que queda establecido es la determinación absoluta del Otro, y del lado del sujeto, la constatación de lo dado.

Hemos citado el sintagma “el Otro ha tomado la iniciativa”, mencionado por Lacan, como sabemos, como momento de inicio de la psicosis clínicamente considerada. Sin embargo, debemos introducir un matiz: en los casos del ejemplo *tú eres el que me seguirá*, no necesariamente se trata de una psicosis. Hemos visto el caso de la religión, y cómo al menos media allí un consentimiento, una última aquiescencia: sí, yo soy ése; o en el grado extremo de María, “Soy tu esclava, Señor”. En lo que respecta a extraer consecuencias para la clínica de las psicosis, aún debemos dar otros pasos.

Hacia el final de la clase del 13 de junio de 1956, Lacan apela al concepto gramatical de voz media. En español no poseemos dicha categoría, en francés se la construye aproximativamente apelando al *On* impersonal, como en *On dit*, “se dice”, o también *On suive*, “se sigue”, aunque muchas veces tendemos a leer estas construcciones -podemos constatarlo incluso en las traducciones al español- como conjugaciones en la primera persona del plural: “decimos”, “seguimos”. Lo cierto es que la voz media proviene del griego, lengua en la que junto a la voz activa constituye las dos afectaciones principales del sujeto por el verbo; con esto decimos que la pasiva es menos corriente y menos importante en griego a lo que estamos fa-

miliarizados en nuestro idioma. La desinencia de la declinación de la voz media griega es “ai”, como en la célebre expresión aristotélica *totihneinai*, por lo general traducida al español de modo deficiente -y también sorprendentemente- como “el ser en tanto ser”, cuando en realidad dice algo muy difícil de expresar en español, como “lo que se era siendo” o “lo que se hacía ser” o “lo que este ser era para hacerse ser”¹¹. Pero volviendo a la afectación del sujeto por el verbo, la diferencia principal que presenta la voz media con la activa radica en que mientras en ésta el sujeto es agente de la acción del verbo, que eventualmente operará sobre un objeto, en la voz media el sujeto además de participar como agente, también está tomado como objeto del verbo. Por esta razón podemos entender que tanto en francés como en español tratemos de figurar esta voz por medio del reflexivo, del “hacerse”.

Preguntemos ahora ¿por qué apela Lacan a la categoría de la voz media a propósito del *tú eres el que me seguirá(s)*? Él lo explica. *Seguir*, como verbo que es, puede estar afectado de diversas significaciones; ello dependerá, por supuesto, de los significantes que se le añadan. Eres el que me seguirá hasta el fin del mundo, o bien como un perrito, o tal vez en mis ideas políticas. De esto se sigue que el *tú* presente en la principal, quedará necesariamente afectado retroactivamente por la significación que porte el verbo *seguir*, a partir de los significantes que se añadan en la relativa. Es decir que el *tú* convocado por la significación retroactiva modifica al sujeto del verbo que participa de di-

cha significación. Si *tú eres el que me seguirá como un perrito*, en tanto *tú* te verás modificado en el sentido de “perrito seguidor” o “perrito fiel”. Lacan destaca la importancia primordial del campo de la voz media, ya que “es justamente todo el registro en juego en la experiencia analítica”¹².

Por lo tanto, la significación que le retorna al sujeto desde los significantes que se han añadido, en la relativa, a continuación del verbo, lo convocan en un sentido o en otro. Y lo importante, para la asunción de ese *tú* ahora modificado por las contingencias de la lengua, es que el sujeto disponga del significante que dicho movimiento convoca. Lacan lo dice así: “Esta relación del significante determina el acento que adquiere para el sujeto la primera parte de la frase, *tú eres el...* según la parte significativa haya sido conquistada por él, y asumida, o por el contrario *verworfen*, rechazada”¹³. (Lacan, 1956, pp. 401-402). Luego, algunas líneas más abajo en el seminario, leemos una pregunta: “¿Qué sucede cuando el significante que está en juego, el centro organizador, el punto de convergencia significativa que constituye, es evocado, pero falta?”¹⁴. (Lacan, 1956, p. 402).

Lacan responde, y en su respuesta, toca el punto nodal del interés que todo este desarrollo precedente importa. Elegimos copiar el párrafo completo, ya que lo consideramos un punto principal de la elaboración que comentamos:

¿Si ese significante es escuchado, pero si nada en el sujeto puede responderle? La función de la frase se reduce entonces al solo alcance del

tú, significante libre, no enganchado en ningún lado. *No hay ningún tú electivo*. El *tú* es exactamente aquel al que me dirijo, y nada más. Si digo *tú eres*, el *tú* es el que muere. Exactamente esto se observa en las frases interrumpidas de Schreber, que se detienen justamente en el punto en que va a surgir un significante que permanece problemático, cargado de una significación cierta, pero no se sabe cuál. Significación irrisoria, que indica la hiancia, el agujero, donde nada significativo puede responder en el sujeto¹⁵. (Lacan, 1956, p. 403).

Para el caso de Schreber, comenta Lacan que al ser convocado el significante que porta la modalización del verbo, acudirán todas las significaciones adyacentes: me seguirás como un alienado, frustrado, dominado, etcétera. Pero lo que no podemos observar en sentido pleno para Schreber, comenta Lacan, es la interpretación relativa al *tú eres* *el que me seguirás*. Tenemos aquí otro sesgo para observar el aislamiento respecto del discurso, la des-socialización del sujeto, que sólo queda capturado como objeto determinado absolutamente por un Otro tirano irreductible, que dispone de la iniciativa con discrecionalidad absoluta.

Allí, en las frases interrumpidas de Schreber, el sujeto se veía compelido a completarlas, y lo hacía justamente con las "significaciones cercanas", como señalaba Lacan; significaciones siempre injuriantes. En este punto sitúa Lacan el señalamiento de Schreber respecto de la demanda que le hacía al Otro: éste

tenía que hablar, siempre, de lo contrario el sujeto entraría en estado de descomposición, aplastado y fragmentado bajo el poder del *tú* que lo ha matado, simplemente lo ha desalojado y lo ha expuesto al abismo percibido en la ausencia de un significante que todavía no hemos nombrado, pero que ya nos imaginamos cuál es: el significante del Nombre del Padre. Pero todavía no hemos llegado a establecer, con Lacan, este punto.

Notemos el uso del término "electivo" en este caso: "no hay ningún *tú* electivo", dice Lacan, refiriéndose al caso en que el *tú* se presenta en su puro valor de oposición al yo, sin otra articulación significativa que lo modifique. Aquí no hay dudas respecto del uso: se trata de una negación de lo electivo en tanto el sujeto no tiene otra alternativa más que la de someterse al Otro que se le impone del modo más radical. Ese Otro habla, y habla solo, y en su hablar mata al sujeto que no sabe qué responder, queda disgregado, fragmentado, suplicando porque el Otro continúe hablando para sostenerlo; de lo contrario, debe completar la frase, que lo sitúa dolorosamente por medio de una significación injuriantes, en el campo depreciado de la *Luder*, la escoria. Lo electivo, en este caso, no sólo está negado en su valor de elección, sino también en cuanto contingente. Como decíamos más arriba, la constatación que le queda al sujeto es la de atestiguar y someterse a lo ya decidido para él, sea lo que fuere, aunque siempre se tratará de algo sumamente penoso. Y la constatación de Schreber en este caso, en el del *tú* muerto, solo, absoluto, es la de su dis-

gregación identitaria, corporal y orgánica. Frente a este panorama desolador, las injurias con las que viene a completar las frases inconclusas (“voy a... rendirme al hecho de que soy idiota”, por ejemplo), son un alivio: al menos lo sitúan en un lugar significativo, ruinoso pero lugar al fin.

Tú eres el que eres padre

“Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY.

Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me ha enviado a vosotros.”
(*Éxodo*, 3: 14).

Finalmente, por medio del *tú* nos anunciamos como un yo. El *tú* es “la anunciación”, comenta Lacan aparentemente en forma risueña -y tal vez riera al decirlo, por qué no- aunque ello envuelve un problema bien serio. La anunciación es la del arcángel a María, que ya hemos comentado; pero también, aunque no la conozcamos con ese nombre, hay otra “anunciación” cuyo receptor es Moisés, en la célebre escena de la zarza ardiente: “Yo Soy el que Soy”, anuncia la voz de “Yo Soy”.

La vertiente que analiza Lacan ahora es la siguiente: si el que habla le dice a otro *tú eres el que me seguirá como un perrito*, no es tanto el estatuto del *tú* referido al yo del otro, sino el estatuto del yo del que habla el que está en tela de juicio: ¿el otro, finalmente, me seguirá fielmente como un perrito, o me traicionará, o me abandonará, o estoy haciendo el ridículo diciendo lo que digo y por lo tanto... quién soy al decir lo que digo si el otro no me sostiene en el lugar desde el

que enuncio? Sin embargo, pasando por alto la dificultad del hablante para definirse como un yo que se anuncia desde un tú, el Dios de los cristianos se define como un ego autorreferencialmente.

Enmarcado en este punto problemático, delimitado por la pregunta respecto de cuál es el significante que fue convocado en Schreber, en cuyo lugar respondiera la falta del mismo, una carencia de dicho significante, en este marco es que Lacan desarrolla su conocida elaboración en tomo de la metáfora de la “carretera principal”. Pero antes de adentrarnos por ese camino, situemos la pregunta en los términos del propio Lacan que, como veremos, remiten a lo electivo:

¿Cuál fue en el caso del presidente Schreber la significación que fue abordada así? ¿Qué significante fue llamado entonces, cuya falta produjo una tal conmoción en un hombre que hasta ese momento se había acomodado perfectamente al aparato del lenguaje, en tanto establecía la relación corriente con sus semejantes? ¿La ausencia de qué significante puede explicar que el machaqueo de la palabra se vuelva para él el *modo de relación electivo a un Otro*, que la alteridad se vea reducida al registro único de la alteridad absoluta, quebrando, disipando la alteridad de todos los seres de su ambiente?¹⁶. (Lacan, 1956, p. 404).

En la cita podemos leer que en Schreber falta un significante, que dicha falta se constata al responder en ese punto una carencia, la que a su vez es inferida a partir de los efectos catastróficos que

produce: disgregación identitaria, disolución imaginaria, manifestación del Otro que habla solo en los fenómenos alucinatorios y en las frases interrumpidas, por ejemplo; a su vez, todos estos fenómenos son correlativos en Schreber de un desarreglo libidinal que lo inunda en forma de una voluptuosidad excesiva que lo feminiza, perturbación de la libido que no sólo se constata por el relato detallado, directamente referido al punto que el mismo enfermo produce, sino por las inversiones por medio de las que trata dicha invasión de goce descontrolado, ilimitado. Como sabemos, el tratamiento que el delirio de Schreber organiza para dicho goce es el que parte de explicarse la experiencia de la voluptuosidad del alma (aunque también de la beatitud, luego retomaremos este punto destacado por Freud y por Lacan en relación a la homofonía) por medio de la *Seele nmord* y, finalmente, esto acomoda la feminización concomitante, proveniente de “sería maravilloso ser una mujer en el momento de la cópula” con arreglo a ser no cualquier mujer, sino la mujer de Dios, que por medio de la fecundación a través de “los rayos divinos” daría a luz la semilla de una nueva humanidad de “Schreberitos”.

En la cita leemos también que este desarreglo producido por la falta del significativo del que el sujeto no dispone, en un hombre que hasta el momento del desencadenamiento había funcionado socialmente, no sólo altera sus relaciones con los semejantes a partir de la conmoción del aparato de lenguaje, sino que este mismo desarreglo simbólico lo conmina a un tipo de relación irre-

ductible con el Otro: “el machaqueo de la palabra”. A esta particular articulación del sujeto con el Otro del lenguaje, Lacan la denomina “modo electivo de relación a un Otro”. En este punto creemos que no es necesario indagar demasiado sobre el uso del término “electivo”: se trata de un modo de señalar que allí si hay algo que no hay es elección. Ese “modo electivo”, paradójicamente, lo que viene a decirnos es que el sujeto allí no elige en lo absoluto, en el mismo sentido en que unas páginas antes en el mismo seminario habíamos leído “no hay ningún *tú* electivo”. Sin embargo, en este caso sí encontramos una resonancia que nos lleva a pensar en la contingencia: para este sujeto en particular, para Schreber, este “modo electivo de relación a un Otro” es lo menos electivo que hay, sin embargo, esta particularidad -que para Schreber deviene un modo necesario, es decir coercitivo- resulta contingente en relación a la consideración de los modos de relacionarse un sujeto con el Otro del lenguaje. Esto va en el sentido de la frase escrita por Lacan en la sala de Saint-Anne: “no se vuelve loco quien quiere”; luego, “el machaqueo de la palabra” como “modo de relación electivo a un Otro” no es sino contingente, y como tal, particular de algunos sujetos. Y como podemos observar, ninguna consideración de este tipo elimina lo necesario, y por lo tanto no-electivo, que representa para Schreber el Otro absoluto del lenguaje que se le impone del modo más radical.

Antes de seguir a Lacan a propósito del recorrido referido a *tú eres el que eres padre* -peregrinaje que elegimos, al menos en el sentido de *tú eres el que me*

seguirás con dedicación- una consideración aún respecto de las incidencias de la homofonía en el tratamiento de la lengua de Schreber, entendido más bien como lo que la lengua ha hecho con él, como habiéndole presentado elecciones consumadas por Otro previamente, desde un lugar eminente. En un momento clave de su delirio, el sujeto decide tomar la femineidad como bandera, éste es ya un momento de “reconciliación”, punto de llegada que Lacan considera como la estabilización de lo que llama “metáfora delirante”. Al articularse la certeza de tener que ceder a la emasculación, a la transformación de hombre en mujer, con la procreación, por medio de los rayos divinos, de una nueva humanidad, Schreber logra reconciliarse con la femineidad enarbolando su ejercicio como bandera:

A partir de entonces yo tomé con plena conciencia como bandera el ejercitar la femineidad... La fuerza de atracción perdió su carácter terrible para los nervios en cuestión, cuando y en la medida en que al entrar en mi cuerpo se encontraron con el sentimiento de la voluptuosidad del alma, de la que ellos participaban. Volvieron a encontrar entonces en mi cuerpo un sustituto total o por lo menos aproximado de la bienaventuranza celestial, que de todas maneras consistía en un goce voluptuoso¹⁷. (Schreber, 1903, p. 182).

Observamos aquí cómo la voluptuosidad del alma, *Seelenwollust*, y la beatitud, *Seligkeit*, se fusionan en el punto de estabilización. Aun cuando continúe

tratándose de un goce voluptuoso, sin embargo ahora es una voluptuosidad conceptualizada, un ejercicio de la voluptuosidad femenina, pero también un ejercicio de la bienaventuranza celestial. Freud, por su parte, en su estudio sobre Schreber señala que...

...esta sorprendente sexualización de la bienaventuranza celestial nos impresiona como si el concepto de Schreber sobre la bienaventuranza {*Seligkeit*}, hubiera nacido por condensación de los dos significados principales de la palabra alemana: *difunto* y *sensualmente dichoso*¹⁸.

Difunto, por otra parte, bien podemos enlazarlo desde el punto de vista del significado, con el asesinato del alma, *Seelenmord*, y *sensualmente dichoso*, con *Seelenwollust*, la voluptuosidad. Este detalle no se le pasa por alto a Lacan, quien antes que al significado y a los sentidos que porta la lengua alemana, prefiere referirlo a la noción de letra en el inconsciente, considerada como “soporte material” y como tal, agente de una vía diversa de las determinaciones sugeridas por el sentido:

Que la voluptuosidad ahora bendecida se haya convertido en la beatitud del alma es en efecto un viraje esencial, respecto del cual Freud, observémoslo, subraya su motivación lingüística, sugiriendo que la historia de su lengua podría tal vez esclarecerla.

Es únicamente cometer un error sobre la dimensión en que la letra se manifiesta en el inconsciente, y

que, conforme a su instancia propia de letra, es mucho menos etimológica (precisamente diacrónica) que homofónica (precisamente sincrónica)¹⁹. (Lacan, 1958, p. 551).

De este modo hemos llegado al punto que queríamos dejar señalado a propósito de las incidencias de la homofonía en el delirio de Schreber. Si bien entre *Seligkeit*, *Seelenmord* y *Seelenwollust* encontramos una ligazón a través de los significados -punto señalado por Freud-, la articulación sincrónica, al modo de la metáfora, por vía de la materialidad de la letra y no por la vía del sentido entre *Seelenmord* y *Seelenwollust* es la destacada por la observación de Lacan, como explicación de “la voluptuosidad ahora bendecida”.

¿Diremos que Schreber “eligió” esta vía? No, por lo dicho hasta aquí, más bien diremos que lo no-electivo nuevamente limita al sujeto a constatar las determinaciones del Otro del lenguaje, que en este caso podemos observar por el sesgo más radical de las determinaciones de la letra.

Volviendo ahora a la cuestión del *ser padre*, vemos cómo en el seminario Lacan la articula con la carencia del significante que es convocado en Schreber, del que no dispone. Comienza por explicar la función del significante del Nombre del Padre como organizador y polarizador del conjunto de significaciones, a través de la conocida metáfora de la “carretera principal”. Al faltar tal camino, el sujeto se pierde por vías secundarias, volviéndose de este modo el viaje no sólo más lento y complicado, sino modificándose su conducta: ahora

debe estar especialmente atento a los carteles indicadores del costado del camino. En su metáfora, estos carteles representan para Lacan las voces de los alucinados, una manifestación de “eso que habla solo” caóticamente, a falta del significante organizador. Es justamente la falta de este significante principal el que explica el delirio del presidente Schreber, quien para orientarse, no puede dejar de atender esa profusión de palabras que hablan solas, “al costado del camino secundario”.

Cuando se dice *tú*, comenta Lacan, se evocan todos los significantes que constituyen al sujeto, y se pone en marcha la función de la invocación. Frente al *tú*, las significaciones reclaman al sujeto en un lugar determinado, lugar significativo, disponible o no según haya sido admitido, o bien *verworfen*, rechazado. Cuando las significaciones del Otro invocan en Schreber el significante del Nombre del Padre, se toca allí el punto de la carencia del significante invocado, como habíamos comentado, y en este caso la relación se degrada a la dualidad imaginaria, correlativa del cortocircuito del complejo de Edipo.

Por otra parte, aunque como efecto de la misma invocación de un significante que no hay, encontramos el fenómeno del automatismo mental, detectado agudamente por Clérambault y destacado en toda su importancia por Lacan:

Precisamente, porque es llamado en el terreno donde no puede responder, el único modo de reaccionar que puede vincularlo a la humanización que tiende a perder, es presentificarse perpetuamente en

ese comentario trivial de la corriente de la vida que constituye el texto del automatismo mental²⁰. (Lacan, 1956, p. 438).

Al respecto, Lacan relaciona este automatismo mental con el *autómaton* aristotélico²¹, en los siguientes términos: “Si el lenguaje habla por sí solo, aquí o nunca tenemos que utilizar el término de automatismo, y esto da al término que usaba Clérambault, su resonancia auténtica, su aspecto satisfactorio para nosotros”²². Como sabemos, las elaboraciones aristotélicas relativas a *tyche* y *autómaton* se inscriben en la articulación entre elección y contingencia. La diferencia entre ambas nociones se refiere a la cualidad electiva del ser involucrado en el asunto. En el caso del automatismo mental de Schreber, en ese punto, en el que es objeto sumiso de dicho fenómeno automático, queda señalado una vez más que no se trata de un ser capaz de elección.

Antes de pasar a considerar tres tipos electivos que es posible leer en los desarrollos a propósito de la homofonía del *suivra(s)*, que -como hemos visto- introduce el problema de la interpretación del sujeto respecto de lo que proviene del Otro, una última observación relativa a un párrafo del mismo seminario sobre las psicosis. Se trata de la introducción del término “forclusión” en la enseñanza de Lacan; él comenta que luego de haber reflexionado suficientemente sobre el asunto, se ha decidido por esa traducción de la *Verwerfung* freudiana. Lo que nos interesa revisar ahora, es que al introducir el nuevo término, plantea la cuestión en términos

electivos. Encontramos aquí otra oportunidad de interrogar el uso que Lacan hace del término “condiciones electivas” en esta ocasión.

En la última clase del seminario, del 4 de julio de 1956, Lacan observa cómo a pesar de lo interesante de la elaboración freudiana en relación a Schreber, sin embargo, ella está planteada en los mismos términos que si se tratara de neurosis: la lógica de la castración y las defensas frente a ella. Esta clase, como punto de llegada del seminario sobre las psicosis, es nodal para la distinción lacaniana de estructuras, en este caso psicótica y neurótica. Citamos el párrafo en cuestión:

Pero cuando se trata de psicosis, la cosa es distinta. No se trata de la relación del sujeto con un lazo significado en el seno de las estructuras significantes existentes, sino de su encuentro, en *condiciones electivas*, con el significante en cuanto tal, lo que marca la entrada en la psicosis²³. (Lacan, 1956, p. 455).

¿A qué condiciones electivas se refiere Lacan? Justamente a ésas que, como hemos destacado en el desarrollo de nuestro comentario, no parecieran tener nada de electivas, sino al contrario: condiciones coercitivas. Lacan sitúa el punto en lo que llama la coyuntura dramática del desencadenamiento de la psicosis de Schreber. Durante mucho tiempo él esperaba poder convertirse en padre, “de golpe se encuentra investido de una función social considerable, y que tiene para él mucho valor: se vuelve presidente de la Corte de apelaciones”²⁴. Lugar,

comenta Lacan, donde se enfrenta con una perturbación del orden de las generaciones, ya que allí casi todos eran unos veinte años mayor que él; y añade:

Esa promoción de su existencia nominal exige de él una integración renovadora. Se trataba de saber si, a fin de cuentas, el sujeto llegará o no a ser padre. Ésta es la pregunta sobre el padre, que centra toda la investigación de Freud, todas las perspectivas que introdujo en la experiencia subjetiva²⁵. (Lacan, 1956, p. 455).

Luego, en contra de la tendencia de algunos analistas de perder de vista la cuestión significativa para extraviarse en el análisis de las relaciones de objeto, así como en la orientación del análisis hacia la donación del analista de su propio falo (situación de prohijamiento del paciente por el analista, que lleva a Lacan a jugar con los términos “filiación” y “felación”), concluye:

En todo caso, es imposible desconocer, en la fenomenología de la psicosis, la originalidad del significante en cuanto tal. Lo que hay de tangible en el fenómeno de todo lo que se despliega en la psicosis, es que se trata del abordaje por el sujeto del significante en cuanto tal, y de la imposibilidad de ese abordaje. No retorno a la noción de *Verwerfung* de la que partí, y para la cual, luego de haberlo reflexionado bien, les propongo adoptar definitivamente esta traducción que creo la mejor: la *forclusión*²⁶. (Lacan, 1956, p. 455).

En este planteo de la forclusión, subrayamos dos cuestiones que nos parecen de sumo interés, al considerarlas en serie con los desarrollos precedentes, es decir los que hemos comentado a propósito de *tú eres el que me seguirá(s)*. En primer lugar, “la originalidad del significante en cuanto tal” en lo que atañe a la fenomenología de las psicosis; luego, “el abordaje por el sujeto del significante en cuanto tal, y la imposibilidad de ese abordaje”. Creemos que ambos enunciados se apoyan en un mismo punto: la diferencia entre relacionarse el sujeto con las significaciones provenientes de los significantes que se articulan en la cadena, o bien, ese “modo electivo”, entre comillas, que no tiene nada de electivo, de relacionarse el sujeto con el significante. En el primer caso, considerado ahora desde el *tú eres el que me seguirás*, el sujeto puede “engancharse” a esa significación que lo alcanza retroactivamente desde la relativa, ya sea *me seguirás del mejor modo* o de cualquier otro. En cambio, si la significación que alcanza al *tú* retroactivamente es la de *tú eres el que eres padre*, pero en un sujeto que no ha admitido ese significante en su repertorio simbólico, entonces el sujeto no se relaciona ya con “un lazo significado en el seno de las estructuras significantes existentes”, sino con el significante en cuanto tal que, en su crudeza de absoluto, desencadenado, lo somete, con la consecuente profusión de efectos imaginarios (“desastre creciente de lo imaginario”, dirá en “De una cuestión preliminar...”) y simbólicos (“fenómenos de código” y “fenómenos de mensaje”, precisará en 1958) que nos muestra el tes-

timonio de Schreber.

Volvamos ahora al uso del sintagma “condiciones electivas” en la cita correspondiente, “no se trata de la relación del sujeto con un lazo significado en el seno de las estructuras significantes existentes, sino de su encuentro, en *condiciones electivas*, con el significante en cuanto tal, lo que marca la entrada en la psicosis”²⁷. No hay significante para el ser padre, no está incluido en las posibilidades del sujeto; por esto mismo, el encuentro no será con un significado que buscará alojarse en las posibilidades significantes del sujeto, sino del sujeto con un significante extraño, absoluto, desencadenado. La pregunta aquí se nos impone: ¿por qué este encuentro tan particular se da en un contexto que Lacan caracteriza como “condiciones electivas”? ¿Condiciones electivas para quién? ¿Quién elige allí? Si en un ejercicio retórico de antropomorfismo decimos lo obvio, *el significante es el que elige*, nos referimos no a una elección sino a una determinación clara: el sujeto es determinado por el significante, que lo conmina a una relación que lo martiriza sin mediación de significado alguno, sin posibilidad de deslizamiento bajo una cadena articulada. Nuevamente la pregunta entonces: ¿qué tiene esto de electivo? Admitimos que no nos queda claro el punto, aunque sospechamos una vez más que se trata de la utilización del término “electivo”, o más bien del sintagma “condiciones electivas” en este caso, como una pura alusión a lo contingente. En este caso, a propósito de que la psicosis difiere estructuralmente de la neurosis: no se trata de un simple modo de vivir el psicóti-

co sus relaciones de objeto, sino de un “modo electivo” del sujeto de relacionarse con el significante, a falta de poder relacionarse con “un lazo significado en el seno de las estructuras significantes existentes”. Si este modo es electivo, creemos que lo es en el sentido de lo contingente: no cualquiera es psicótico, la posibilidad radica en la particularidad del modo de relacionarse el sujeto con el significante.

Si bien admitimos que la cuestión no está zanjada, y que tal vez otras interpretaciones puedan arrojar mayor claridad sobre el punto, creemos conveniente reconocer un sesgo que nos señala la utilización del término “electivo” o sus derivados, en la enseñanza de Lacan, en el sentido de “lo contingente”. Al respecto, notamos también que esta alusión a la contingencia por medio de lo electivo respeta un uso prolijamente aristotélico: se trata de las contingencias del ser, lo que no viene dado necesariamente para todos, sino que depende de condiciones variables. Con esta matriz, Lacan utiliza la categoría aristotélica situando las contingencias del ser en las diferentes posibilidades que representan las estructuras clínicas -en este caso psicosis y neurosis- como categorías claramente separadas y diversas.

Tres tipos electivos detectados en relación a la estructura del tú

En este apartado nos limitaremos, simplemente, a ordenar lo que entendemos como tres condiciones electivas distintas que, al pasar, ya hemos comentado en nuestro desarrollo precedente.

Al revisar las últimas clases del seminario de Lacan sobre las psicosis, encon-

tramos algo así como una progresión en relación a la estructura del *tú*, según las modalizaciones que admita o no, provenientes de la segunda parte de la oración *tú eres el que me seguirá(s)*, la relativa, situada luego del *que*.

Antes de avanzar en este ordenamiento, adelantamos el sentido de la progresión mencionada: *tú* absoluto, puramente mortificante; *tú eres el que me seguirá*; y, por último, *tú eres el que me seguirás*. Esta serie puede ser leída, por supuesto, retroactivamente, luego de haber seguido todo el desarrollo lacaniano al respecto. En cuanto a qué entendemos por “progresión” en este caso, nos damos la siguiente respuesta: la nula, menor o mayor inclusión del sujeto -respectivamente para cada uno de los tres tipos mencionados- en un lazo discursivo.

Comenzaremos por la variante *tú eres el que me seguirá*, en la que la relativa se encuentra en tercera persona. Como ya lo hemos comentado, el rasgo que acentúa Lacan de esta interpretación es el hecho de que despersonaliza y, de tal modo, no aloja al sujeto como ser capaz de elección en la significación puesta en marcha por la relativa: lo conmina a un lugar. Se tratará del seguidor incondicional, o incluso de “la esclava del Señor”, como María. Sin embargo, de esta interpretación del *suivra*, Lacan señala otro aspecto que también hemos comentado: la tercera persona hace presente el contexto discursivo, “la asamblea de los otros”. En este sentido, aun cuando se trate de una vertiente no muy propiciatoria de la potencia electiva del sujeto, sin embargo lo incluye en un contexto discursivo, en un lazo. En última instancia, comenta Lacan, al sujeto siempre le que-

dará la posibilidad de una última voluntad de aquiescencia, por difícil que sea pensarlo: decir sí o no a la intimación del Otro. Y decimos última ya que, una vez que se ha confesado ser la esclava o el esclavo de algún Señor, todas las decisiones ulteriores han sido delegadas en el Otro con aquel acto de entrega.

Luego tenemos la interpretación que elige escuchar el *suivras* con “s” final, *tú eres el que me seguirás*. Esta vertiente que, como vemos, permite al *tú* “atravesar la pantalla del *que*”, es mucho más respetuosa de la elección posible del sujeto, dejando colarse en ella la alternativa, al menos, del *tú me seguirás si así lo deseas*, o *si así lo decides*. Puede tratarse de un mandato, o incluso de una misión, comenta Lacan, pero el sujeto, en la modalización retroactiva del *tú* primero por el segundo, está contemplado como instancia electiva.

Por último, aunque como se verá no seguimos el orden de la “progresión” mencionada, tenemos el *tú* solo, aislado, al que queda conminado el sujeto cuando es invocado en él un significante que no posee. El ejemplo lacaniano sobre el que nos hemos explayado al respecto, es el *tú eres el que eres padre* a propósito de Schreber. Al respecto, comenta Lacan, “no hay ningún *tú* electivo”. El sujeto queda conminado a escuchar los comentarios provenientes del Otro sin mediación de significados y, como testimonia Schreber, hace con eso lo que puede. Éste, apoyado en esas palabras sueltas provenientes del Otro desregulado, produjo un delirio con esos elementos discretos, articulándolos de un modo posible y dándose así un lugar que, aunque penoso, finalmente logra situarlo.

Tres tipos electivos, anunciamos en el título. ¿Cómo entenderlos? Ahora sí, en el ensayo de nuestra respuesta, seguiremos el orden de la progresión. La elección que nos permite inferir el *tú* absoluto, es una elección que se corresponde con el “modo electivo de la relación del psicótico con el significante” y con “las condiciones electivas” del inicio de la psicosis, ambos puntos señalados por Lacan. Se trata de un modo electivo que más bien es no-electivo en lo que respecta al sujeto, ya que se trata de la determinación del significante que, al presentarse desencadenado, cuando se trata del Nombre del Padre, somete y martiriza al sujeto, que no puede más que atestiguar (como un mártir) y padecer los efectos de aquello que se le impone desde fuera. Este tipo electivo, que se corresponde con una psicosis que ha iniciado, cede la iniciativa al Otro y se acomoda como puede a los fenómenos que lo hostigan. Lo electivo aquí más bien será posterior, y estará referido a qué hacer con eso que se impone, qué tipo de tratamiento darle, e incluso, tal vez, ninguno (posición de mártir). En el caso de Schreber, como observamos, ha optado por un tratamiento de lo extraño, de los fenómenos psicóticos, a través de la elaboración de un delirio. Pero, debemos decirlo, se trata de una condición electiva en la que el uso del término “electivo” está más bien referido a lo contingente: pudiendo ser de otro modo la relación del sujeto con el significante, es decir mediada por el conjunto de las significaciones que provienen de la articulación de la cadena significante, sin embargo, en el caso de las psicosis, el sujeto se encuentra con el

significante como tal, sin mediación. Sin embargo constatamos una particularidad electiva en el modo de tratar esos significantes en lo real. En este caso, por medio de una construcción delirante: este “auto-tratamiento de lo real por lo simbólico”, tal la expresión de Colette Soler, también podría no ser.

En el caso de *tú eres el que me seguirá*, considerado como tipo electivo, se trata al menos de una elección ante el significante: sí o no. María podría haberle respondido al arcángel: “muchas gracias, pero dile al Señor que no estoy en condiciones de recibir tan alto honor”. Sin embargo, ella elige la esclavitud santa. Se trata de un tipo electivo que despersonaliza, en tanto el sujeto responde a las determinaciones del *tú* como anulando, en el mismo acto, su potencia electiva. A la vez, como decíamos, no se trata de un contexto tan descarnado o abismal como es el caso del *tú* suelto, ya que al menos la tercera persona de la relativa evoca “la asamblea de los otros”, presente en todo lazo discursivo. Por lo tanto, ubicamos las condiciones electivas de esta variante en un *sí* o un *no* a la orden proveniente del Otro, al imperativo que ese Otro dirige. Aunque debemos matizar esta caracterización con un comentario de Lacan, restrictivo en cuanto a la elección posible:

Dado el terreno en que esta indicación lo conmina a responder, a decir verdad, la única forma sería precisamente que el sujeto no lo siguiera de ningún modo en este terreno, es decir que se rehúse a escuchar. A partir del momento en que escucha, está conducido. El rechazo a escu-

char es una fuerza de la que ningún sujeto dispone realmente, salvo preparación gimnástica especial. En este registro se manifiesta efectivamente la fuerza propia del discurso²⁸. (Lacan, 1956, p. 430).

Por último, tenemos el tercer tipo electivo, que se corresponde con la interpretación que elige escuchar *tú eres el que me seguirás*. Aquí el sujeto logra hacer pie en el discurso, y se enlaza a las determinaciones y a las invocaciones provenientes del Otro como alguien capaz de elegir seguir o no, más allá de que lo haga incluso bajo la forma de quien sigue un mandato o una misión prescripta por el Otro. Esta vertiente aloja la posibilidad de relacionarse con el Otro y los otros de turno, a través de la variabilidad que los lazos humanos presentan. Dicha condición pone en tela de juicio el estatuto de cada uno de los sujetos involucrados, que se mueven bajo la égida de un Otro regulado por la significación fálica, y que pueden variar justamente en lo que respecta al estatuto mencionado de acuerdo a las veleidades del deseo de cada quien. *Tú eres la mujer que no me abandonará*, comentaba Lacan, cuestiona no tanto la subjetividad de la mujer, sino la certeza en la que se apoya quien profiere el enunciado: ¿finalmente... me abandonará o no? Y si lo hace, entonces ¿quién soy yo al decir lo que digo?

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ALOMO, M. (2009). *Estructura del insulto*. Buenos Aires: Letra Viva, 2009.
- ALOMO, M. (2010). "Dos versiones del final y la *Verwerfung* del Nombre del Padre". *Revista Aun. Publicación de Psicoanálisis*, vol. otoño-primavera. Buenos Aires: FARP, Bs. As., 2010, pp. 263-288.
- ALOMO, M. (2012). *La elección irónica. Estudios clínicos sobre la esquizofrenia*. Buenos Aires: Letra Viva, 2012.
- ALOMO, M. (2013). *La elección en psicoanálisis. Fundamentos filosóficos de un problema clínico*. Buenos Aires: Letra Viva, 2013.
- AUSTIN, J. (1962). *Cómo hacer cosas con palabras*. Buenos Aires: Paidós Studio, 2003.
- BORGES (1936); "Arte de injuriar". En *Historia de la eternidad* [En *Obras Completas*, tomo I]. Buenos Aires: Emecé, 2007.
- FREUD, S. (1911). "Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente". En *Obras Completas*, Vol. X. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- LACAN, J. (1958). "La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud". En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1985.
- LACAN, J. (1956). *El Seminario. Libro 3. Las Psicosis*. Buenos Aires: Paidós, 1988.
- SCHREBER, D. (1903). *Memorias de un enfermo nervioso* (traducción de Ramón Alcalde). Buenos Aires: Perfil, 1999.

NOTAS

¹El presente trabajo se inscribe en la producción científica del proyecto UBACyT "Presencia y eficacia causal de lo traumático en la cura psicoanalítica de las neurosis. Investigación sobre la complicidad del ser hablante con el azar (tique). Estudio de casos en el Servicio de Clínica de Adultos de la UBA en Avellaneda. Dirigido por Gabriel Lombardi.

²J. L. Borges (1936); "Arte de injuriar". En *Historia de la eternidad*, *Obras Completas*, tomo I, Emecé: Bs. As., 2007, pp. 501-7.

³Uno de nosotros se ha referido a este punto en el último capítulo de su ensayo sobre el insulto. (Cf. Alomo, M. (2009). *Estructura del insulto*, Letra Viva: Bs. As., 2009, pp. 163-170).

⁴Lacan, J. (1956). *El seminario. Libro 3. Las psicosis, op. cit.*, pp. 387 y sig.

⁵Podemos escuchar también este "mancomuna" como una evocación del *Das Man* heideggeriano, esa condición del *Dasein* extraviado respecto de su vocación y confundido con los otros en una experiencia de inautenticidad. Uno de nosotros se ha ocupado extensamente de este tema en el último

capítulo de *La elección en psicoanálisis. Fundamentos filosóficos de un problema clínico*. Buenos Aires: Letra Viva, 2013.

⁶Lacan, *op. cit.*, p. 393.

⁷*Ibid.*, p. 430.

⁸*Ibid.*, pp. 398-399. Cursivas nuestras.

⁹Austin, J. (1962). *Cómo hacer cosas con palabras*. Paidós Studio: Bs. As., 2003.

¹⁰Lacan, *op. cit.*, p. 399.

¹¹Lacan se refiere a esta frase en más de una oportunidad, por ejemplo en el seminario *La lógica del fantasma*, en la clase del 11 de enero de 1967. Uno de nosotros se ha ocupado del tema en otro lugar (cf. Alomo, M. (2010). "Dos versiones del final y la *Verwerfung* del Nombre del Padre". *Revista Aun. Publicación de Psicoanálisis*, vol. otoño-primavera, FARP: Bs. As., 2010, pp. 263-288.

¹²Lacan, *op. cit.*, p. 400.

¹³*Ibid.*, pp. 401-402.

¹⁴*Ibid.*, p. 402.

¹⁵*Ibid.*, p. 403, cursivas nuestras.

¹⁶*Ibid.*, p. 404, cursivas nuestras.

¹⁷Schreber, D. (1903). *Memorias de un enfermo nervioso*, traducción de Ramón Alcalde, Perfil: Bs. As., 1999, p. 182.

¹⁸Freud, S. (1911). "Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente". En *OC*, Amorrortu, *op. cit.*, p. 29.

¹⁹Lacan, J. (1958). "La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud". En *Escritos 2*, *op. cit.*, p. 551.

²⁰Lacan, *op. cit.*, p. 438.

²¹Uno de nosotros se ha ocupado del tema extensamente en otro lugar. Cf. Alomo, M. (2013). *La elección en psicoanálisis. Fundamentos filosóficos de un problema clínico*. Buenos Aires: Letra Viva, 2013.

²²*Id.*

²³*Ibid.*, p. 455. Cursivas nuestras.

²⁴*Ibid.*, p. 456.

²⁵*Id.*

²⁶*Id.*

²⁷*Ibid.*, p. 455. Cursivas nuestras.

²⁸*Ibid.*, p. 430.

RESEÑA CURRICULAR DEL AUTOR

Martín Alomo

Psicoanalista. Magister en Psicoanálisis, Licenciado y Profesor de Psicología por la Universidad de Buenos Aires, donde se desempeña como docente e investigador. Psicólogo de Planta del Hospital Braulio Moyano de la Ciudad de Buenos Aires. Miembro del Foro Analítico del Río de la Plata y de la Escuela Internacional de los Foros del Campo Lacaniano. Recientemente, junto a Vanina Muraro, ha publicado *Las tragedias del deseo*, por Editorial Letra Viva.

E-Mail: martinalomo@hotmail.com

Vanina Muraro

Psicoanalista. Becaria de doctorado. Licenciada y Profesora Adjunta de la materia Clínica de Adultos Cátedra I, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, donde se desempeña también como docente de postgrado e investigadora. Miembro del Foro Analítico del Río de la Plata y A.M.E. de la Escuela Internacional de los Foros del Campo Lacaniano. Recientemente, junto a Martín Alomo, ha publicado *Las tragedias del deseo*, por Editorial Letra Viva.

E-Mail: vmuraro@psi.uba.ar